

Para comprender mejor esta doctrina sublime, debemos observar que el Padre eterno engendra su Verbo de su sola substancia. Este Verbo es Dios, en cuanto es engendrado desde la eternidad; es, por consiguiente, Hijo de Dios, y María no tiene parte alguna en esta generación eterna. Mas este mismo Verbo, esta persona divina, engendrada desde la eternidad, nacida de solo Dios y Dios en Sí, tomó un cuerpo humano, que formó de la purísima sangre de María, y unió á Sí este cuerpo por una unión hipostática ó personal; unión íntima, substancial é indisoluble, que, sin confundir las dos substancias, forma de Dios y del Hombre una sola persona (1). De modo que Jesucristo Dios es verdadero hombre, y Jesucristo hombre es verdadero Dios. Por consiguiente, supuesto que María concibió y parió este compuesto misterioso é indisoluble, en el que, según todo el rigor del lenguaje teológico, se puede afirmar del hombre cuanto se afirma de Dios, se dice y debe decirse que María engendró al Verbo de Dios, que dió á luz al mismo Dios, que lo crió y que es verdadera Madre de Dios. María se llama, y es verdaderamente la Madre de Dios, aunque no haya hecho otra cosa que suministrar una porción de su sangre para formar la humanidad que Dios tomó y unió á sí de una manera tan íntima, y ved aquí por qué Dios se unió substancialmente á esta humanidad. Lo mismo

(1) Non confusione substantiæ, sed unitate personæ. (*Symbol. S. Athanas.*)

debe decirse en el caso presente (guardada la debida proporción): aunque María no haya engendrado más que á Jesucristo, sin embargo, habiéndose unido Jesucristo á nosotros tan íntimamente que todos nosotros con El formamos un solo cuerpo, cuya cabeza es El mismo, María, en virtud de esta unión tan íntima de su propio Hijo con nosotros, se hace también nuestra Madre en Jesucristo, y nosotros nos hacemos sus hijos. Dios y el hombre, unidos en Jesucristo en una sola persona, por medio de la unión hipostática, no forman dos Jesucristos ni dos hijos de María, sino un solo Jesucristo, un solo hijo. Lo mismo sucede respecto á Jesucristo y los verdaderos cristianos: unidos con El en un mismo cuerpo, no son más que un solo hijo de María. Nuestra unión con Jesucristo se verificó en el Calvario; en el Calvario fué igualmente donde nos hicimos en Jesucristo, no los hijos, sino el hijo de María; y Jesucristo proclamó y manifestó este inefable misterio cuando dijo á María: *Mujer, he ahí tu hijo.*

San Pablo insistía en esta verdad cuando decía: «Recordad que las promesas fueron hechas á Abraham y á su hijo. Dios no dijo: *Y á tus hijos*, como si se hubiera tratado de muchos; sino *A tu hijo*, y este Hijo es Jesucristo (1).»

Dios en el Calvario se muestra el Padre amoroso de todos los hombres, pues que sacrifica á su propio Hijo

(1) Abrahæ factæ sunt promissiones et semini ejus. Et non dicit: Et seminibus, quasi in multis; sed, quasi in uno. Et semini tuo, quod est Christus. (*Galat.*, III, 16.)

y le entrega á la muerte, para crearse en los hombres hijos adoptivos. Jesucristo es también allí el Hermano, el Redentor y la víctima de todos los hombres, no sólo porque participa con todos ellos de la naturaleza humana, y es, como ellos, el verdadero Hijo de Adán, sino porque satisface por todos, pide por todos, tiende los brazos á todos, y los invita á todos á participar del fruto de su sangre y de la herencia de su amor. Esta paternidad de Dios y esta fraternidad de Jesucristo son, respecto á todos los hombres, una paternidad y una fraternidad en un sentido muy extenso, una paternidad y una fraternidad de compasión, de misericordia, y, por decirlo así, de disposición. Pero de hecho y en realidad, los verdaderos hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo, los que componen su verdadera familia, su verdadero cuerpo, son únicamente los que por el bautismo son incorporados á El, y que mientras permanecen en este estado participan de todo lo que Jesucristo posee y de todo lo que Jesucristo es en Sí mismo.

Lo mismo sucede respecto á María: por su cooperación á la obra de nuestra salvación, á nuestro nacimiento nuevo, se hizo Madre de todos los hombres, porque en el Calvario ofreció á la muerte por todos los hombres el mismo Hijo que había dado á luz para todos. Pero su maternidad con respecto á los hombres es una maternidad de disposición, de compasión y de amor; porque, en realidad, los verdaderos hijos de María son únicamente los verdaderos hijos de Dios, los

hermanos de Jesucristo, que forman con El una misma cosa.

No es esto decir que esta tierna Madre no se interese en la suerte de esos hombres que, como los infieles y los herejes, no pertenecen al cuerpo de la Iglesia, ó de los que están fuera del espíritu de esta misma Iglesia, como los pecadores. Porque si Jesucristo extiende aun sobre ellos su misericordia, llamándoles á la luz de la fe ó á la vida de la gracia; si intercede continuamente por los pecadores en presencia de su Padre, como lo afirman San Juan y San Pablo, mostrándose así hermano de todos, María igualmente coopera con su intercesión y sus súplicas á la propagación de la fe y á la conversión de los pecadores. Animada para con ellos de la solicitud más viva, manifiesta también para con esos desgraciados la ternura y el cariño de una madre. Ella es su Madre para compadecerlos, para animarlos, para atraerlos al bien y para consolarlos; ella parece que ha recibido este encargo del mismo Jesucristo. Mas esto no impide que sus hijos en toda justicia, sus hijos verdaderos, los que tienen á su amor un derecho igual al del mismo Jesucristo, no sean aquellos en quienes, según la expresión de San Pablo, vive Jesucristo (1) y con los que forma Jesucristo una misma cosa. En El, por El y con El son respecto á Dios y respecto á María un solo hijo. Seamos, pues, verdaderos católicos, verdaderos hijos de la Iglesia. La Igle-

(1) Vivit vero in me Christus. (*Galat.*, II, 20.)

sia es la que, con Jesucristo, su cabeza, y los hombres, sus miembros, forma ese cuerpo, del que María es la Madre. Esos son, ó más bien, ese es el verdadero hijo, cuyo tipo particular le mostró y le dejó Jesucristo en la persona de San Juan, su discípulo.

## CAPITULO X

**Continuación de la materia precedente. El testamento de Abraham. Los hijos de Agar y de Cétura fueron una figura de los judíos y de los herejes. Isaac fué una figura de la Iglesia. La conducta de Abraham fué una figura de la de Jesucristo.**

Tenemos también una bella figura y una profecía muy clara de todo esto en los libros del Antiguo Testamento. En ellos se lee que Abraham, después de la muerte de Sara, su esposa, se casó con otra mujer, llamada Cétura (1), y que, por efecto de su prodigiosa fecundidad, aun cuando él era ya de una edad muy avanzada, tuvo de ella seis hijos. Pues bien, conociendo este Patriarca que se acercaba su fin, quiso disponer de sus bienes, é hizo su testamento de tal modo, que dejó á Isaac todo cuanto poseía. En cuanto á Ismael, que había tenido de Agar, y á los otros hijos que había tenido de Cétura, sólo les dejó donaciones considerables (2). Hecha esta distribución, separó él mismo los hijos de Agar y de Cétura del hijo de Sara, y quiso que Isaac habitase y viviese solo, que formase él solo una familia, distinta absolutamente de la de sus hermanos (3).

(1) Abraham vero aliam duxit uxorem nomine Ceturam. (*Genes.*, xxv, 1.)

(2) Deditque Abraham cuncta quæ possideret Isaac; filiis autem concubinarum largitus est munera. (*Ibid.*, v, 6.)

(3) Et separavit eos ab Isaac filio suo. (*Ibid.*)